

ofrece escasas ventajas á los Sarracenos, y le ruega que la devuelva á los cristianos, como único medio de poner término á una lucha tan terrible (1).

Todas las esperanzas que el papado había concebido sobre la guerra santa quedaron defraudadas: las profecías del Apocalipsis dejaron de cumplirse; el poder de los Sarracenos no fué quebrantado, y el sepulcro de Cristo quedó en su poder. Entre tanto los papas no cesaban de llamar á la cristiandad á las armas. Gregorio IX exclama: ¡Vergüenza á los cristianos que dejan la tierra de su Dios en manos de los infieles! (2); y el belicoso pontífice trastrueca las palabras espirituales de Jesucristo para hacer de un Dios de caridad casi un general de ejército: "Jesucristo dice: *Aquel que quiera venir á mí, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame*; que es como si dijera: la guerra va á comenzar; formo mis tropas en orden de batalla; el que sea de los míos que me siga," (3). San Luis fué la última esperanza de los papas; Alejandro IV le escribía cartas empapadas en lágrimas, pintándole las desgracias que agobiaban á los débiles restos de la cristiandad oriental (4). Clemente IV amenaza á los fieles con penas eternas si no van al socorro de su Dios (5). Gregorio X, para reanimar el celo del Occidente, declara que estaba dispuesto á ponerse á la cabeza de los cruzados. ¡Inútiles esfuerzos! La única ciudad que quedaba á los cristianos en la Tierra Santa les fué arrancada, y cesó la lucha que había durado dos siglos. Los papas hicieron aún de tiempo en tiempo algun llamamiento á la cristiandad; pero sus voces no fueron ya escuchadas; ni siquiera lograron unir á los príncipes cristianos contra los Turcos cuando la media luna estaba plantada á las puertas de Viena.

¿Por qué fué sorda la cristiandad á la voz de sus jefes? Se había arrojado sobre el Asia al grito de *Dios lo quiere*, confiada en el apoyo de Jesucristo para una guerra emprendida en recuperacion de su sepulcro. Pero las cruzadas, como guerras santas, fracasaron por completo; y aquella cruel decepcion inspiró á los cristianos un fatalismo digno del islam: "No es cierto, pues, que Dios haya querido la guerra santa; no es cierto que el poder

(1) INNOCENT. III. *Epist.* XVI, 37.

(2) Epístola de Gregorio IX al rey de Francia (RAYNALDI, *Ann. Eccl.*, a. 1234, § 28 y siguientes).

(3) RAYNALDI, a. 1235, § 47.

(4) RAYNALDI, a. 1263, § 2 y siguientes.

(5) RAYNALDI, a. 1265, § 44.

de los Sarracenos debiese concluir; más bien parece que Dios le sostiene." Tales eran los gritos de desesperacion que los poetas lanzaban; unos acusaban á la Providencia: "Dios no hizo bien cuando dió tanto poder á los Turcos... Habria motivo para hacerse descreido, y aún para adorar á Mahoma, puesto que Dios permite, y lo mismo Santa Maria, que seamos injustamente vencidos," (1). Otros aceptaban su derrota como la voluntad de Dios, pero sus sentimientos se inclinaban ya á la rebelion: "Los Turcos han jurado hacer una mezquita de la iglesia de Santa Maria. ¡Y bien! Si Dios, á quien debia desagradar todo eso, consiente en ello y lo encuentra bueno, fuerza es que nos contentemos nosotros tambien. Bien tonto es aquel que quiere luchar con los Turcos, cuando Jesucristo se lo permite todo," (2). Esto es fatalismo, y un fatalismo peor que el de los Mahometanos, porque le falta resignacion. El fin de las cruzadas estuvo en armonia con su principio: un ciego fanatismo era el que había armado á los cristianos; un fatalismo ciego fué el que les desalentó.

N.º 2.—El derecho de gentes con relacion á los infieles.

El derecho de gentes supone la igualdad y la fraternidad de los pueblos. Si éstos son iguales y hermanos, hay entre ellos un vinculo de derecho, un lazo de humanidad que subsiste aún cuando sean enemigos: el vencedor respeta en el vencido la cualidad de hombre y le trata como su hermano, como su igual. Pero cuando los pueblos no se creen ligados entre sí como hombres, si el uno se cree superior al otro por cualquier titulo que sea, entónces desaparece la igualdad, y con ella todo fundamento de relaciones equitativas y humanas. En la antigüedad reinaba la creencia en una desigualdad más ó ménos profunda entre los hombres; de allí la esclavitud y la barbarie de las guerras. El dogma de una religion revelada hace pueblos privile-

(1) AUSTOR D'ORLAC, en RAYNOUARD, *Poesías de los Trovadores*, t. v, p. 54.

(2) Cantar de un trovador templario provenzal. Véase FAUREL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. II, p. 138. Esos sentimientos estaban generalmente difundidos; y se les halla en la Apología de las cruzadas escrita por encargo del papa: "Alii dicunt, quod non videtur esse voluntas Dei, quod Christiani sic procedant contra Saracenos, propter infortunia que Deus permisit et permittit sic evenire Christianis in hujus negotii assequutione" (*Opusculum Tripartitum*, en MANSI, XXIV, 109).

giados tanto ó más que el orgullo de raza ó de civilizacion. Los Judios eran el más insociable de los pueblos durante la paz y el más cruel durante la guerra, por lo mismo que veían en los extranjereros enemigos de Dios, del Dios de los Judios, del único verdadero Dios. En vano protestó Jesucristo contra esa nocion estrecha de la religion; la idea de la revelacion vuelve á introducir un nuevo germen de odio; divide á los pueblos en creyentes é infieles, los unos hijos de Dios, los otros hijos del demonio, enemigos del Dios de los cristianos, del único verdadero Dios. En las guerras de religion se encuentran, de un lado, los elegidos combatiendo por la causa de Dios y vengando sus injurias, de otro lado, los enemigos de Dios; ¿cómo podria existir entre tales combatientes un vinculo de derecho y de humanidad? Tal es el espectáculo que presentan las cruzadas.

Puestos de frente los discípulos de Cristo y los sectarios de Mahoma, ¿cuáles eran los sentimientos de los cruzados? ¿Qué opinion tenían de sus enemigos? Jesucristo, el Hijo de Dios, se aparece á Pedro el Ermitaño y le manda predicar la guerra santa (1). El papa llama á los fieles á las armas en nombre de Dios, y á su voz exclaman todos: *¡Dios lo quiere!* El papa ve en aquellas palabras una inspiracion divina: "Dios mismo es el que las ha pronunciado, dice, por la boca de los suyos," (2). Un milagro confirmó á la cristiandad en aquella creencia: "Á fin de que pareciese á todos los fieles que la cruzada era un mandato de Dios y no de los hombres (es un contemporáneo el que habla), la resolucion tomada en el concilio de Clermont se esparció instantáneamente por toda la tierra; los cristianos se vanagloriaron y temblaron los gentiles," (3). Los cruzados están tan convencidos de que el mismo Dios les guía, que á cada paso creen ver milagros: Dios trueca á cada momento las leyes de la naturaleza en favor de sus elegidos (4); envía la milicia celeste en auxilio de los fieles (5); no es el valor de los caballeros, es Dios el que, por su intervencion milagrosa, consigue la victoria (6).

(1) GUILL. DE TIRO, I, 12 (BONGARS, p. 638).

(2) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 32).

(3) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 32).

(4) Los cronistas contemporáneos, sobre todo RAIMUNDO DE AIGLES, refieren infinidad de milagros (BONGARS, p. 142, 150, 156 et passim).

(5) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 53).

(6) Véase el cántico de victoria que los cruzados entonaron sobre el campo de batalla, en ROBERTO EL MONJE (BONGARS,

Puesto que Dios mismo combate por los cruzados, hay que creer que los Sarracenos son los enemigos de Dios (1); son peores, si es posible, en sentir de los cristianos. *Guibert de Nogent*, intérprete fiel de los sentimientos generales de su época, nos dirá lo que los cruzados pensaban de Mahoma y de los mahometanos. La ignorancia del cronista frances es superlativa; no sabe el nombre del profeta árabe, no sabe en que época vivió; todo lo que sabe de él es solamente de oídas; poco importa, dice, que aquellas noticias sean verdaderas ó falsas; él cree que "con toda seguridad se puede hablar mal de aquel cuya perversidad supera todo el mal que pudiera decirse." Acerca de esto cuenta una historia fabulosa de Mahoma: "Es el diablo el que le inspira por medio de un ermitaño hereje; el éxito que ha tenido la nueva religion proviene de que suelta el freno á todas las malas pasiones y permite á los hombres entregarse á la concupiscencia, como lo hacen los animales; el fin de aquel maravilloso legislador es digno de su doctrina: siendo puerco, ha sido devorado por los puercos," (2). El largo contacto de los cruzados con los infieles no produjo cambio en su manera de ver; en el siglo XIII, *J. de Vitry* llama siempre á Mahoma un puerco, un perro inmundo; y en la biografía que hizo del profeta, le trasforma en un jefe de bandidos, en un asesino vulgar, y despues añade que Mahoma es el Dios de los mahometanos, y que éstos le adoran como los cristianos á Jesucristo (3). *Guillermo, obispo de Tiro*, el mejor historiador de las cruzadas, tiene las mismas ideas; y sin embargo de que había hecho un estudio especial del mahometismo y de que había escrito su historia, Mahoma es para él el *primer hijo de Satanás*; le califica de *miserable seductor* y á su religion de *basura* (4). ¿Qué podían ser los desgraciados sectarios

página 42). Todavía en el siglo XIII, despues de muchas decepciones, subsistía aquella creencia. JACOBO DE VITRY dice que Damietta fué tomada por la intervencion directa de Dios, sin el socorro de los hombres (BONGARS, p. 1134).

(1) Estéban, conde de Blois, en la carta que escribe á su mujer desde el campamento frente de Antioquia (1098), califica siempre á los Turcos de *enemigos de Dios* (D'ACHERY, *Spicil.*, III, 490).

(2) G. DE NOGENT (BONGARS, p. 473). Esa era la creencia popular acerca de Mahoma. Se lee en la *Gesta de la corte del rey Looy*:

„.. Bebió hasta embriagarse;
Despues le comieron los puercos villanamente."
(*Hist. literaria de Francia*, t. XXII, p. 485).

(3) J. DE VITRIACO, *Hist. oriental* (BONGARS, p. 1052 y sig., y MAURENE, *Thesaur. Anecd.*, t. III, p. 270).

(4) G. DE TIRO, I, I, xx, 31 (BONGARS, p. 629, 994).

de aquel ser impuro? *Guillermo de Tiro* trata á los Sarracenos de *hijos de Belial* (1). *Roberto el Monje* los llama una *legion de diablos*, un *pueblo inmundo*, *perros furiosos* (2). ¿Qué vínculo podía haber entre cristianos é infieles? Ninguno otro más que el que hay entre el hombre y la fiera; pero nos engaña mos: había, además, el odio, odio hijo de la ceguera del fanatismo. Los Sarracenos, dice *Roberto el Monje*, son los *satélites del diablo*, los cristianos son los *campeones de Cristo* (3). El gran maestro de los Hospitalarios dice á los caballeros á punto de entrar en combate: "No tengais miedo á esos perros; si hoy están orgullosos, mañana se verán arrojados á un estanque de fuego y de azufre. Pero vosotros, vosotros sois la raza elegida, la nacion santa, el pueblo de la tierra prometida. Y sois inmortales, porque reinaréis con Jesucristo," (4).

Siendo tales los sentimientos de los cristianos acerca de su divina mision y respecto al carácter diabólico de sus adversarios, no podía buscarse entre ellos respeto al derecho y la humanidad. El cristianismo reprueba la guerra; ¿por qué entonces la Iglesia empuja á la Europa contra el Asia? ¿Quién la ha dado el derecho de invadir una tierra extranjera? No son los cruzados los que se hacen estas preguntas, ni jamás les vino al pensamiento la más ligera duda sobre la legitimidad de su empresa. En la *Crónica de Phil. Mouskes* (5), el rey de los Sarracenos pregunta á Carlo-Magno por qué viene á invadir la tierra de España, sobre la cual ni él ni sus antepasados tenían el menor derecho, y Carlo-Magno responde: "Que los cristianos son la raza elegida sobre todas las demas, y que tienen por Jesucristo el señorío de todo el mundo." Hé aquí el derecho de gentes de los cristianos con respecto á los infieles, tal como lo concebía la Edad Media. Los historiadores tienen las mismas opiniones que los poetas. Oigamos á *Roberto el Monje*: "Los Sarracenos preguntan á los cristianos con qué derecho vienen á echarlos de un país que ellos están poseyendo-hace tanto tiempo, y se admiran de que peregrinos armados visiten el sepulcro de

(1) G. DE TIRO, IX, 18, p. 773.

(2) R. EL MONJE (BONGARS, p. 31, 41, 57) — Los trovadores llaman á los árabes *esos perros negros de Ultramar* (PATRIEL, *Poésia provençal*, t. II, p. 155).

(3) ROB. MONACH. (BONGARS, p. 79).

(4) RAD. COGGESHALL, *Chron. Terra Sancta* (MARTENE, *Antiquissima Collectio*, t. V, p. 549).

(5) *Chron.* de PHIL. MOUSKES, t. I, p. 212, vers. 5292-5307.

su Dios y degüellen á los legítimos propietarios del terreno. ¿No está escrito en los libros sagrados de los cristianos que Dios ha creado todos los hombres á su imágen y que es prohibido matarles?" (1). Los cruzados responden: "La Tierra Santa nos pertenece, porque nuestros antepasados la poseyeron en los tiempos antiguos; y el cielo, en su misericordia, ha decretado que sea hoy devuelto á los hijos lo que injustamente fué arrebatado á los padres. Aquellos que son enemigos de la ley de Dios deben morir, porque el Señor dice: *Yo soy el Dios de las venganzas, y la espada se desenvainará contra aquellos que infrinjan mi ley*," (2).

La voluntad de Dios legitima la conquista de la Tierra Santa, legitima todo lo que hacen los cruzados: ¿por ventura no son éstos órganos de un *Dios de venganza*? Por eso hacen alarde de su crueldad: "Extraños á la compasion, no hacen prisioneros, lo llevan todo á fuego y sangre," (3). Los cronistas manifiestan un gozo salvaje al recitar aquellas sangrientas escenas; oigamos á *Roberto*: es un fraile el que habla: "Nuestras gentes abaten á los enemigos como el segador la hierba de los prados ó las espigas de los sembrados; las espadas y los dardos podían saciarse en sangre de Turcos; pero, forjadas en el país de los Francos, no podían saciarse de matanza. Los nuestros descargaban golpes, los otros morían, y los muertos continuaban de pié entre los vivos, sostenidos por la muchedumbre apiñada." Los vencedores no se tomaban el trabajo de dar sepultura á los vencidos; dejaban ese cuidado á las aves de rapiña y á los animales carnívoros. Cuando se hacían prisioneros, era sólo de hombres en la fuerza de la edad; pero los viejos y los muchachos eran implacablemente dego-

(1) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 51).—CAFFARI, *Anol. de Génova* (MURATORI, VI, 251).

(2) En el libro que Gregorio X hizo escribir para la defensa de las guerras santas, se justifica el degüello de los Sarracenos con el ejemplo de Moisés: "Aquellos que atacan la Ley de Moisés son condenados á muerte por Dios: con mayor razon la merecen los que escarnecen y pisotean al Hijo de Dios." (MANSI, XXIV, 115).

(3) ROBERTO EL MONJE pone estas palabras en boca de un Sarraceno (BONGARS, p. 43).—Los *Cantares de la Gest* nos demuestran que era tal el derecho habitual de guerra entre los caballeros con los infieles:

«Cil sont entrez en Espagne la grant,
Gastent les terres as Turs et as Persans,
Tuent les meres, occient les enfans.
Set ans tot plains le fist si Vivians»

(La *Chevalerie Vivien*, en la *Hist. littéraire de France*, t. XXII, página 508.)

llados; los cautivos se vendían como esclavos (1). La servidumbre personal había desaparecido de la cristiandad; el siervo era hombre, y su personalidad era respetada; pero para los infieles no había derecho ni humanidad.

Si se quiere tener una idea del fanatismo y de la crueldad de los cruzados, hay que asistir al saqueo de Jerusalem. Dejemos la palabra á los testigos oculares para que no se nos acuse de exagerar el horror de aquellas escenas: "Cuando los nuestros, dice *Raimundo de Agiles*, canónigo de la catedral de Puy, estuvieron en posesion de las murallas y de las torres, se vieron cosas admirables. De los Sarracenos, los unos eran heridos de muerte, y ésta era para ellos la mejor suerte; otros, despues de largos sufrimientos, eran entregados á las llamas; en las calles y en las plazas de la ciudad se veían montones de cabezas, de manos y piernas," (2). La sed de sangre, el encarnizamiento y el furor son propios de todas las guerras; pero lo que hay de horrible en las cruzadas es que aquellas pasiones sanguinarias se ven santificadas: "Valor, exclama *Raul de Caen*, valor, *divinos furros*; valor, *sagrados aceros*; valor, *santa destrucción*. No perdonemos nada: caed á nuestros golpes, raza depravada, hombres perversos que habeis derramado sangre inocente y que debeis ahora dar toda la vuestra. Vosotros, que tantas veces habeis despedazado á Cristo, recibid ahora los castigos que hacen caer sobre vosotros los miembros de Cristo," (3). Volvamos á nuestro testigo ocular *Raimundo de Agiles*: "Los hombres de á pié y de á caballo marchaban por donde quiera á través de cadáveres; pero esto aún era poca cosa; es necesario decir lo que sucedió en el templo de Salomon, donde los Sarracenos acostumbraban celebrar las solemnidades de su culto; aunque nada añadimos ni quitamos á la pura verdad, costará trabajo dar crédito á lo que vamos á decir. *En el*

(1) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 50, 51, 70).

(2) RAIMUNDO DE AGILES (BONGARS, p. 178).

(3) RAUL DE CAEN, *Hist. de Tancredo*, c. CXXI.—Véase el cántico publicado por DU MÉRI con ocasion de la toma de Jerusalem (*Poesias populares latinas de la Edad Media*, p. 259):

«Rivi fluunt erroris...
Dum perit gens erroris.
Jerusalem exulta!

Ipsi traduntur igni:
Vos gaudete, Benigni,
Nam pereunt maligni.
Jerusalem exulta!»

templo y en el pórtico se andaba á caballo con la sangre hasta las rodillas del jinete y hasta las bridas del caballo," (1). Si puede haber alguna cosa más horrible aún que la sangre que inunda á un templo, es el lenguaje del historiador: "Justo y admirable juicio de Dios, que quiso que aquel mismo lugar recibiese la sangre de los que tantas veces le habian ultrajado con sus blasfemias." ¡Y es un sacerdote el que usa ese lenguaje! Pero *Raimundo de Agiles* no hace más que expresar los sentimientos de su tiempo y de su clase. En el siglo XIII, por más que se haya dicho otra cosa, el odio religioso no habia perdido nada de su vivacidad, á lo ménos en la casta sacerdotal. Oigamos á *Guillermo, obispo de Tiro*, uno de los más dignos caracteres de la Tierra Santa: "Los cruzados no perdonaban á nadie, y cumplían así los justos decretos de Dios, á fin de que aquellos que habian profanado el santuario del Señor con sus actos supersticiosos, le purificasen con su sangre y sufriesen la muerte sobre aquel mismo lugar, en expiacion de sus crímenes," (2).

Bañados en sangre, los vencedores van á prostrarse ante el sepulcro de Jesucristo; acababan de castigar á los vencidos por su supersticion, y son ellos más supersticiosos que los Sarracenos. Los cronistas se extasian describiendo el fervor de los cruzados: "Era un espectáculo divino ver con qué devocion y con qué anhelo se agolpaban los fieles á los Santos Lugares. Los trasportes de una celestial alegría embargaban el alma de los peregrinos, y el pueblo daba gracias al Eterno en la iglesia y en toda la ciudad; llenos todos de piadosos pensamientos, se entregaban á actos de misericordia: unos confesaban sus pecados, otros repartían limosnas..." (3). Á pesar de la supersticion de los peregrinos, nada hubiera sido más patético que su piedad, si el sepulcro de Aquel que era todo amor les hubiera inspirado un poco de caridad. Pero ¿es que los cruzados, movidos á compasion, perdonaron á los Sarracenos que sobrevivían al saqueo de la ciudad? Léjos de ello, se bañaron de nuevo en sangre; y ya no en el furor del asalto, sino con

(1) Este hecho es referido casi en los mismos términos en una epístola dirigida por los cruzados al papa: «In porticu Salomonis et in templo ejus nostri equitabant in sanguine Sarracenorum usque ad equorum genua» (DODECHINI *Chron.*, en PISTOR., *Scriptor.*, t. I, p. 665).

(2) GUILL. DE TIRO, VIII, 21 (BONGARS, p. 759).

(3) GUILL. DE TIRO, VIII, 21 (BONGARS, p. 760); RAIM. DE AG. (BONGARS, p. 170).

toda frialdad; no combatiendo á enemigos que se defienden, sino degollando á vencidos á quienes se había prometido la vida; no matando ya á hombres, sino dando muerte á mujeres y á niños. Dejemos hablar á los contemporáneos. Trescientos Sarracenos se habían refugiado en la torre de David, y pidieron al conde Raimundo de Tolosa que por su rectitud les perdonara la vida; bajo su palabra le entregaron la ciudadela. Tal es la relación de *Raimundo de Agiles*, testigo ocular. *Alberto de Aix*, que escribía por referencia de los peregrinos, dice que fué Tancredo el que desplegó su estandarte sobre la torre, en prueba de la protección que otorgaba á los vencidos. Lo cierto es que la capitulación fué violada; ni uno solo de los Turcos escapó al furor de los cristianos. Á las enérgicas convenciones de Tancredo respondieron los cruzados que la compasión era inoportuna; que, al contrario, era indispensable dar muerte á todos los cautivos, áun á aquellos que habían rescatado su vida. Y en el acto se arrojaron sobre los prisioneros y sobre todos los que habían escapado á la carnicería ó que habían obtenido perdón, y todos fueron degollados: "Las jóvenes, las mujeres, áun aquellas que estaban en cinta, fueron degolladas ó apedreadas; y las infelices, espantadas á la vista de tanta sangre, se abrazaban á sus verdugos y se echaban á sus piés para salvar la vida; pero en vano imploraban la piedad de los vencedores, que no perdonaron ni áun á los niños de pecho" (1). El abate *Guibert de Nogent*, despues de haber referido aquellas escenas de carnicería, añade: "Rara vez se lee, y nosotros no hemos visto nunca, que se haya hecho un degüello tan grande de gentiles. En justa represalia castigó Dios á aquellos que habían atormentado con todo género de suplicios á los peregrinos que viajaban por amor de Él," (2).

¿Qué se puede añadir á tan horribles escenas? Los cruzados vertieron lágrimas de alegría sobre el sepulcro de Cristo; el historiador debe verter lágrimas de dolor por la miserable condición de la humanidad. ¡Hé allí los discípulos de un Dios de caridad! Se encuentran en uno de esos momentos de exaltación en que brotan los buenos sentimientos que Dios ha puesto en el corazón del hombre, y, sin embargo, no sienten más que odio á los ven-

(1) ALBERT DE AIX, VI, 28-30 (BONGARS, p. 282).

(2) GUIBERT DE NOGENT, VII, 10 (BONGARS, p. 537).

cidos, porque los vencidos son los enemigos del Dios de los cristianos. ¡Hé allí la flor de los caballeros para quienes la lealtad es la primera virtud, y dan muerte á enemigos desarmados, á prisioneros que habían obtenido el perdón! Que no se nos venga á decir que el cristianismo ha fundado el derecho de gentes, y que es á él á quien hay que atribuir la buena fe y la humanidad que reinan ya en las guerras. Sí, entre fieles, entre sectarios del mismo Dios; pero con respecto á los infieles, no. Los infieles son criminales y han ofendido á Dios; para ellos no hay derecho ni humanidad. El odio, dice *Guillermo, obispo de Tiro*, es natural entre cristianos y Sarracenos (1). ¿No deben odiar aquéllos á los que odian al Señor? (2). Cumplir los juramentos á un infiel sería pecado más grande que el violarlos, dice el *patriarca de Jerusalem* (3). No es crueldad el castigar á los enemigos de Dios, es piedad, dice un Padre de la Iglesia, porque el Señor ha dicho: "Si tu padre, si tu amigo, si tu propia mujer te quiere apartar de la verdad, que tu mano caiga sobre ellos y derrame su sangre" (4). Hé aquí el derecho de gentes de los cristianos. Si en el día es sagrada la buena fe, si la humanidad ha hecho lugar á los *santos furoros*, es porque los pueblos se han elevado por cima de las estrechas y crueles pasiones de la religión, es que la religión misma se ha modificado. ¡Que el progreso de los sentimientos humanos, por más que sea lento, nos sirva de consuelo y de esperanza!

N.º 3.—Apreciación de las guerras sagradas.

Uno de los mejores cronistas del siglo XII ha titulado su Historia de las cruzadas: *Gesta de Dios por los Francos*. "Las víctimas de las cruzadas, dice *Guibert de Nogent*, son la obra de Dios únicamente; lo que se ha hecho se hizo por Dios y por

(1) GUILL. DE TIRO, XVI, 13 (BONG., p. 482): «Solet enim in huiusmodi conflictibus odiorum incentivum et inimicitiarum fomitem dare majorem, sacrilegii et legis contempte dolor, etc.»

(2) SAN BERNARDO aplica á las órdenes militares estas palabras del profeta: *Nonne qui odersunt te, Domine odervnt, etc.* (*Sermo ad Milites Templi*, c. IV).

(3) Continuación de GUILL. DE TIRO, ed. Guizot (*Colección de Memorias*, t. XIX, p. 92): «Sabad que cometeréis mayor pecado guardandoles el juramento que faltandoles á él.»

(4) *Decretum Gratiani*, Causa XXIII, quest. VIII, c. XIII (de SAN JERÓNIMO): *Non est crudelitas crimina pro Deo punire, sed pietas. Unde et in lege dicitur (Deuteronomio, 13): «Si frater tuus, et amicus et uxor que est in sinu tuo, depravare te voluerit a veritate, sit manus tua super eos, et effundat sanguinem eorum.»*

la mano de los hombres que él quiso escoger" (1). Hay una profunda verdad en esas palabras; la filosofía de la historia puede decir con los cruzados: *¡Dios lo quiere!* Pero lo que los cruzados tomaban por voluntad de Dios no era más que la inspiración de una religión estrecha, y la historia ha descubierto á la posteridad los verdaderos designios de Dios en las cruzadas. Si los cruzados hubiesen tenido conciencia de ello, si hubiesen podido prever cuáles iban á ser los efectos de su peregrinación, su entusiasmo se habría trocado en terror. El fin de la guerra santa se frustró por completo; el sepulcro de Cristo quedó en poder de los infieles. Pero ¿es que al ménos los que se pusieron á la cabeza de los cruzados se aprovecharon de sus seculares combates? Las cruzadas eran obra del papado y de la nobleza feudal: los papas fueron el alma que inspira, la caballería el brazo que hiere. Cuando comenzaron las guerras santas, el papado y el feudalismo estaban en todo su apogeo; aquéllas concluyeron porque la cristiandad dejó de obedecer la voz del papa. En cuanto á la Europa feudal, á últimos del siglo XIII se hallaba en plena disolución. ¿Y cuál fué el instrumento más activo de aquella disolución? Las cruzadas; ellas inauguraron una nueva era en la cual no fué el espíritu religioso el que preponderó, sino el espíritu comercial, en la cual la aristocracia guerrera hizo lugar á la libertad y á la igualdad. Hé ahí lo que han hecho las cruzadas; no es ciertamente lo que querían hacer. ¿Es decir esto que el hombre sea el juguete de una ciega fatalidad? No, pero hay que distinguir la obra del hombre de la obra de Dios. La libertad humana entra por poco en los grandes acontecimientos que destruyen y renuevan las sociedades. Los Bárbaros que invadieron el imperio romano seguramente que no tenían la conciencia de su obra de destrucción y de regeneración, como tampoco los cruzados tenían la conciencia del fin á que Dios les conducía. Sin embargo, hay que juzgar á los hombres segun lo que ellos han querido, no segun lo que Dios ha hecho por su ministerio; bajo este punto de vista debemos apreciar las cruzadas.

El siglo XIII ha llamado á las cruzadas una locura (2). Se ha respondido que los filósofos de-

(1) GUIBERT DE NOGENT, Prefacio (BONGARS, p. 468).

(2) HUME (*Hist. de Inglaterra*, c. v) dice que las cruzadas son el monumento más durable y más extraordinario de la locura humana que se ha visto en edad y en nación alguna.

bían estar ciegos para no ver que aquel movimiento prodigioso de las poblaciones había producido consecuencias inmensas. Sí, pero las consecuencias son de Dios, la locura es de los hombres. ¡Una guerra de dos siglos emprendida para conquistar el *sepulcro de Dios!* Nuestros descendientes se admirarán mucho más que se han admirado nuestros padres de la superstición de los cruzados. ¿Serán estas palabras demasiado duras? Consultemos los sentimientos de los cruzados y veamos si merecen otra calificación. Cuando Pedro el Ermitaño predicó la guerra santa, el entusiasmo religioso había llegado á su colmo. ¿Y de qué manera se manifestó? Se creía que había algo de divino en el predicador, y se llegó hasta arrancar los pelos de su mula para guardarlos como reliquias (1). Los primeros cruzados, llenos de confianza en Dios, siguieron á Pedro el Ermitaño, bien persuadidos de que la victoria iba á coronar su santo celo. ¿Cuáles eran sus guías? *Una oca y una cabra que ellos creían inspiradas por Dios* (2). Tales eran las creencias de la masa de los fieles, y no era más ilustrada la fe que animaba á los jefes. Un escritor católico nos dispensará de probar que el fundamento religioso de las cruzadas no era más que una ciega superstición: "Se quería vengar la vergüenza de Jesucristo, dice *Fleury* (3); pero lo que Cristo tiene por injuria es la vida disipada de los malos cristianos, como eran la mayor parte de los cruzados, mucho más que la profanación de criaturas insensibles, de edificios contragrados á su nombre y de sitios que nos recordan lo que ha sufrido por nosotros. Cualquiera que sea el respeto debido á los Santos Lugares, la religión no está pegada á ellos, y el mismo Cristo nos lo ha declarado diciendo que había venido el tiempo en que Dios no sería ya adorado en Jerusalem ni en Samaria, sino por todas partes en espíritu y en verdad... El llamar á la Palestina herencia del Señor y tierra prometida á su pueblo es valerse de un equívoco... La herencia que Jesucristo ha adquirido con su sangre es su Iglesia, reunión de todas las naciones, y la tierra que le ha prometido es la patria celestial. Debemos estar prontos á dar nuestra vida por él, pero es sufriendo toda clase de persecuciones, de tormentos y hasta la muerte misma, ántes que renunciar á su

(1) GUIBERT DE NOGENT, II, 8 (BONG., 482).

(2) ALBERT DE AIX, I, 31 (BONG., 196).

(3) FLEURY, *Discurso sobre la historia eclesíástica*, VI, § 4.